

LA CANCIÓN FINAL

FABIÁN SEVILLA

Alex sabe que se quedó dormido. Lo sabe cuando despierta como empujado de un sueño vacío y, aún bastante confundido, se descubre de pie, petrificado en medio de su habitación, sospechando que ha pasado el tiempo pero no puede determinar cuánto.

A la vez por sus oídos se cuela un sinfín.

...sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres...

¿Qué lo despertó?

Fue esa extraña seguidilla de letras que salen de la canción que parece trabada en el tocadiscos. Fueron los gritos del cantante que los parlantes

escupen igual a un dragón lanzallamas. Fue esa melodía discordante sobre la cual la voz quebrantada repite, repite, repite algo sin sentido.

...sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres...

Álex se siente ridículo.

Se había propuesto descubrir algo en verdad sorprendente, pero al final ese «algo» resultó ser una mezcla ensordecedora de palabras acompañadas por una deformada base musical. Pero sin poder dejar de escuchar, a su ridículo se suma otra impresión.

Al chico lo ataca un creciente malestar.

No sabe por qué no puede moverse. Y solo con los sentidos de la vista y el oído activados, busca en su memoria todavía adormilada para recordar. Recordar cómo llegó a ese momento, a esa confusión de sensaciones, a ese estado casi de sonámbulo...

Todo había comenzado hacía unas semanas, cuando estaba revisando *feeds* de Instagram.

Álex solía ingresar en los *hashtags* referidos a música. Siempre quiso ser guitarrista de heavy metal y cuando no se concentraba en domar las cuerdas de su Fender Stratocaster, se encerraba en su cuarto para leer en el celular sobre cantantes, bandas y novedades respecto de la tecnología aplicada al arte de combinar los sonidos del rock metálico.

De entre todos los *hashtags* que frecuentaba, uno en especial atraía su curiosidad: #big.rockers.misteries.

Con esa etiqueta, miles de amantes de las leyendas urbanas del rock posteaban famosos mitos que en los comentarios muchos ponían en duda, pero que nadie rebatía con argumentos aceptables.

Y a través de #big.rockers.misteries Álex se había enterado de que Paul McCartney, uno de los popes de The Beatles, aparece descalzo en la portada del álbum «Abbey Road» porque había muerto y hacía mucho lo reemplazaba un doble llamado William Campbell. También que, pese a que Elvis Presley, considerado el inventor del rock and roll, falleció en 1977, hasta hoy se dice que sigue viviendo de incógnito y alejado de la fama. O que Gene Simmons, uno de los vocalistas de la banda Kiss, se había hecho un injerto de carne de vaca en la boca para impresionar a los fans desplegando en los conciertos una exageradísima lengua.

El chico leía todo, entre incrédulo y divertido. Hasta que alguien posteó sobre Los juglares del inframundo, una banda de heavy metal en español que había alcanzado escasa fama en la década del 80. En los recitales, sus cuatro integrantes se presentaban como muertos resucitados: los rostros bajo macabros maquillajes, usando harapos como se supone queda la ropa luego de años de permanecer

dentro de un ataúd, exhalando a la platea una humareda con tufo a cadáver.

Pero lo que más atrajo su atención fue que el *feed* mencionaba un famoso pero enigmático disco de esa banda.

Se lo conocía como «el disco maldito».

Sí, porque se decía que Los juglares del inframundo habían hecho un pacto siniestro para conseguir fama. Grabaron un único disco con canciones que les dictó aquel con quien habían firmado ese trato. Sin embargo, alguien no cumplió con el acuerdo y luego de lanzar pocas copias de su álbum, nadie volvió a escucharlos ni a escuchar nada sobre los integrantes de la banda.

En cambio, creció una leyenda en torno al disco, en especial a su última canción.

El rumor decía que al ser escuchada en reversa «algo» sucedía.

—¿Algo como qué...? —se preguntó Áxel.

Cautivado por el misterio, empezó a buscar más información en internet. Y en sitios referidos a leyendas urbanas averiguó que algunos curiosos habían hecho la prueba para averiguarlo. Jamás ninguno reapareció para postear qué era ese «algo» vinculado a la canción final.

«Tal vez nadie cuenta lo que ocurre al escuchar esa canción en reversa porque no pasa nada y prefieren callárselo para no quedar como bobos o en realidad ese tema no existe y el mito es lo único que

Los juglares del inframundo han legado al mundo», aseguraba una de las tantas páginas web que el chico husmeó.

Aun así lo atacó la necesidad, casi la obsesión de averiguarlo por sí mismo. En caso de que el disco existiera, quería descubrir qué ocurría al reproducir de atrás hacia adelante la canción final. ¿Develaba algo fuera de lo normal? ¿O uno terminaba burlado por escuchar una serie de acordes sin ton ni son y palabras cantadas al revés?

Revolvió en disquerías de segunda mano de la ciudad, pero el único disco de esa banda de mala muerte parecía esquivarlo. En muchas tiendas no tenían idea de qué hablaba; en otras, sabían de qué se trataba, pero jamás lo habían tenido; en un par de lugares le aseguraron que acababan de vender la única copia que habían tenido.

El muchacho que atendía uno de esos locales le recomendó buscar el disco de vinilo en internet. Y le pasó el nombre de una plataforma de comercio *online* donde podría hallarlo. Hallar eso que a Álex se le iba volviendo un tesoro oculto y que debería buscar tal vez para siempre como parte de una maldición.

Y en esa plataforma, Álex encontró una sola oferta por el único, enigmático, mitológico disco de Los juglares del inframundo. En la descripción del producto, el que lo ofertaba brindaba poquísimos datos sobre la banda.

¡No decía nada sobre la canción final!

El precio era alto pero el chico, que no podía perder la oportunidad, lo compró. Para pagarlo se gastó la mitad del dinero que había ahorrado con lo que su papá le iba dando para las vacaciones.

Mientras esperaba a que su compra *online* le llegara por encomienda, Áxel se ocupó de conseguir lo otro que necesitaba. La parte que le quedaba de sus ahorros no le alcanzaba para comprar una bandeja para vinilos como las que usan los DJs. Recordó entonces que en la casa de sus abuelos había un antiguo tocadiscos; sin embargo, cuando intentó hacer girar la bandeja, el vetusto aparato produjo un cortocircuito que hizo saltar el disyuntor. Su abuela le dijo de todo, menos lindo.

En otra plataforma de venta de antigüedades encontró decenas de tocadiscos de cuando aún la vida era en blanco y negro. Como la oferta era muy amplia pagó casi nada por uno de ellos, aunque sabía que en las siguientes vacaciones iba a tener poco dinero para gastar.

Al fin una empresa de encomiendas le llevó a su casa las dos compras. Lo que le dejaron fue una caja de cartón y un gran sobre cuadrado.

Emocionadísimo, Álex se encerró en su cuarto.

Al desembalar la caja, consideró que una simple licuadora tenía más dignidad que el añoso tocadiscos.

—Si de eso sale música, yo soy Ozzy Osbourne —clamó el aspirante a metalero devenido en revelador de misterios musicales.

No obstante, sospechó cómo debió sentirse el primer hombre que vio la Tierra desde el espacio. Eso cuando por primera vez en sus manos tuvo un disco de vinilo: jamás había visto uno; acostumbrado a descargar música de internet en su celular, incluso para él ya los CD eran cosas de otro siglo.

Con ansiedad, abrió el sobre.

Se frustraron sus ganas de conocer cómo debieron verse Los juglares del inframundo. La portada del disco no tenía ninguna foto, solo el nombre de la banda formando un intrincado monograma.

En el reverso esperaba leer más información sobre sus integrantes, pero solo aparecía la enumeración de los temas que incluía la placa. Eran ocho canciones, todas con títulos ingenuos, poco sugerentes, previsibles: «Balada para un hombre lobo» o «Medianoche en un sepulcro» o «Nunca duermas en un féretro».

En cuanto a la canción que él buscaba, era de hecho la final de la lista y su nombre sumaba una cuota al misterio.

Se llamaba «Sortoson ed sám onu».

—¿Estará en una de esas lenguas antiguas, que llaman muertas? ¿O en vez de Los juglares del inframundo esos tipos deberían haberse llamado Los escapados del manicomio? —se burló Álex.

Era un verdadero capo arreglando aparatos eléctricos. En sus ratos de ocio prefería eso a leer un libro o pasarla junto a su papá y su mamá, que siempre

terminaban peleándose sin importarles que él o Mora, su hermana menor, estuvieran en el medio.

Y encerrado en su cuarto, se dedicó toda una tarde a modificar el mecanismo del tocadiscos, que era una pieza de museo. Demoró en adaptarlo pero, cuando lo probó, había logrado que la bandeja pudiera girar en sentido horario y, también, en sentido antihorario.

—Todo llega —murmuró y creyó sentir aplausos en la soledad de su habitación.

Con sus dedos rozó los surcos que limitaban cada una de las canciones del disco.

Lo puso sobre la bandeja giratoria del aparato.

Primero lo hizo girar de modo convencional; quería escuchar cuán pésima había sido aquella banda.

Recostado sobre la cama, lo confirmó desde el primer acorde. Sus canciones eran una maraña de guitarras fuertes y distorsionadas al punto del desquicio. El bajo producía la sensación de estar recibiendo patadas en la nuca; la batería sonaba peor que si la hubiera ejecutado un gorila que sufría un ataque de histeria.

Las letras eran una cadena de lugares comunes. Repetían hasta el hartazgo «muerte», «infierno», «sangre», entre otros versos que aquellos músicos suponían debía cantar un grupo de heavy metal. A eso se sumaba la tortura del vocalista: sus agudos superaban los decibeles del chillido de un cerdo en pleno degüello.

—¡Maleeeesemos! —gritó Álex—. Si no se supo más de ellos fue porque se escondieron para que el público no les cortara las manos y la garganta.

Con los oídos hastiados, saltó de la cama.

Era momento de escuchar la enigmática canción.

La canción final.

«Sortoson ed sám onu».

Para empezar, la reprodujo normalmente.

—¡Maleeeesema! —repitió al confirmar que era el peor tema del disco.

Y llegó el otro momento: confirmar lo que tanto ansiaba.

A mitad de la canción final, antes de que se escuchara el estribillo, movió el dispositivo que había añadido para que la bandeja girara a la inversa.

Y esperó que ocurriera ese «algo» del que tanto había leído.

Era una de las alternativas. De los parlantes escaparon acordes inarmónicos junto a los alaridos del vocalista, que parecían un trabalenguas.

Lo pensó: «¿Qué voy a decirles a papá o a mamá cuando sepan que me gasté la mitad de mis ahorros en este aparato destartado y esa basura de vinilo?».

Buscaba una excusa para dar, cuando comenzó a sentir un leve agotamiento.

Los sonidos y la voz ininteligibles del cantante se volvieron una pesada molestia en sus oídos.

El cansancio lo fue dominando y debió tirarse en la cama.

Era como si fuera hundiéndose en el colchón, peor a que si se lo tragara un pantano de aguas movedizas.

La música y los gritos se fueron haciendo más molestos hasta que dejó de escucharlos...

...sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres...

Alex vuelve de sus recuerdos que le explican cómo llegó a esa situación.

Y no lo sabe, pero el disco se ha trabado.

Lo que suena sin avanzar, como un volver constantemente al pasado, es el estribillo de la canción final.

En cambio, con escasa lucidez nota algo.

Algo se ha modificado, no está como había estado antes de quedarse obnubilado, hipnotizado, perdido como si aquel atroz sonido que se repite y repite fuera una canción de cuna.

Una canción de cuna de cuyos efectos pudo escapar, pero sin control de su cuerpo, para recordar y ahora darse cuenta de que la habitación está helada, la inunda una penumbra densa y pesada parecida a una mancha que lo cubre por completo.

También nota que pese al escandaloso ruido que retumba en su cuarto, en el resto de la casa no se perciben los movimientos cotidianos. Le alcanza para preguntarse por qué Mora no ha entrado para reclamarle «¿¡Qué estás escuchando, loco!?»,

y pedirle que baje el volumen o que de una queme ese disco.

...sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres...

La púa del tocadiscos sigue atrapada haciendo que aquel estribillo más el embrollo de notas desfiguradas le calen los nervios, sus nervios que son tensionadas cuerdas de una guitarra a punto de cortarse.

Pretende gritar.

Su voz no existe.

Intenta moverse.

Quiere arrancar el disco que parece grabado en el mismísimo infierno.

No puede.

Lo único que se mueve de su cuerpo le sirve para comprobar que al menos respira y cada exhalación es vapor. El frío lo quema, teme convertirse en un chico hecho de hielo.

En ese estado casi agonizante descubre otra alteración.

La puerta que podría usar para escapar se ha disipado, como si nunca hubiera existido y siempre hubiera sido una ilusión. La ventana que daba al exterior sigue ahí, pero el jardín, la vereda y las casas que hay calle de por medio están ocultas tras una nebulosa oscura, viscosa, infinita.

...sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres...

Intenta una vez más.

Logra moverse.

No para escapar.

Una fuerza que está fuera de él lo obliga a agarrar su guitarra Fender Stratocaster. Esa misma energía ajena lo hace rasgar las cuerdas. Rasgar acordes. Rasgar la horrible música que suena y suena acompañando el mismo estribillo.

También ese poder que lo domina reanima su garganta. De nuevo tiene voz, pero no para gritar por ayuda. Y comienza a repetir la maraña de palabras que escapa de los parlantes.

—*Sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres...* —No puede dejar de cantar en un involuntario dúo con el vocalista de Los juglares del inframundo.

De reojo divisa el espejo.

Está empañado por el vapor del frío que se impuso en la habitación.

Y en el opaco cristal un dedo invisible escribe algo.

Dibuja las letras como si en vez de tinta usara sangre, trazos de una sangre que no se puede ver. Y al terminar, Álex lee lo que abrió heridas en el espejo empañado.

Sortoson ed sám onu sáres.

Con la poca cordura que le queda, alcanza a descifrarlo.

Las cuerdas de sus nervios al fin se cortan. Los latidos del corazón le suenan a un bajo arrítmico.

En su cerebro siente aguijonazos tan agudos como los gritos de aquel que no deja de cantar lo mismo y que él también canta aunque no lo quiera.

Es efecto de haber comprendido lo que se escribió en el espejo. Es efecto de no entender a qué se refiere aquel verso. Es efecto de estar bajo el poder de la más terrorífica música.

De pronto escucha los sonidos de otras guitarras, de más bajos, de muchas baterías. Aportan sus notas trituradas a lo que ya suena a una aberración escapada de la suma de todas las pesadillas.

También a la voz del solista se acoplan otras voces. Forman un coro que repite el estribillo, ese que Álex ya sabe lo que dice. Un coro que, al igual que él, no puede dejar de cantar empujado por la angustia, el dolor, la desesperanza de una condena.

El espejo deja de estar empañado.

Y el prisionero de esa canción puede ver todo lo que refleja a su espalda, en su cuarto.

Él está ahí, sin dejar de rasgar su Fender Stratocaster y es el quinto integrante de una banda.

Una banda conformada por cuatro criaturas horrorosas, todas vestidas con trajes destrozados como de cadáveres antiguos.

¡Porque todos ellos son cadáveres antiguos!

El bajista es más huesos que carne. Y saca chispas a su instrumento con los dedos totalmente despellejados, mientras al espejo apunta los hoyos negros que tiene en lugar de globos oculares.

El baterista también es un esqueleto, aunque su cráneo mantiene la típica cabellera larga de roquero; los pelos enmarañados, mugrientos, secos por los años que lleva muerto. Sentado en el aire frente a su batería, golpea tambores, bombos y platillos con los huesos descarnados de sus piernas, que él mismo se ha arrancado por completo para usar como baquetas.

El guitarrista preserva algo de piel, jirones que se mueven como alas de murciélago desorientado. Y sus uñas largas, violáceas, iguales a cuchillas, extraen un punteo de las cuerdas que parecen emitir terribles alaridos de dolor.

El cantante es un esqueleto incompleto. Luce más horrible porque se mueve como una marioneta descalabrada. Y sigue imponiendo su voz a ese dúo y a ese coro, su voz gritando el estribillo con la agudeza de mil frenadas.

...sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres...

En el reflejo del espejo Álex, quien contra su voluntad completa el tenebroso quinteto, ve que el vocalista se le acerca con su perturbador modo de moverse.

Camina hacia él mientras el cráneo se le cae hacia atrás pues el cuello apenas se lo sostiene, sacudiendo los brazos a los que les faltan varios huesos, arrastrando una pierna que no tiene pie. Y aunque los gusanos también le comieron la garganta, no deja de chillar esa canción final.

El vocalista ya está a su lado.

Y le sujeta la barbilla con sus manos como ramas secas y partidas.

Lo obliga a mirarlo.

Sus ojos son dos llamaradas y en lo que alguna vez fue una boca le muestra eso que en las calaveras parece una sonrisa pero que está lejos de ser una sonrisa.

Ahora lleva la barbilla de Álex hacia ambos lados.

En la habitación hay más presencias, decenas de chicos y chicas de su edad, otros más grande que él, incluso ancianos. Todos lánguidos, sufrientes, con las miradas apagadas por el peso de una tortura de la que no pueden escapar. Unos tocan instrumentos, otros solamente cantan.

¡Son los que también le ponen música y voz a la maldita canción final!

Álex comprende cuál es el secreto de esa canción. Cuál fue el destino de Los juglares del inframundo y el de todos los que se arriesgaron a escucharla. Cuál será el premio a su osadía por indagar lo que no debía indagar.

...sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres...

Es todo lo que escucha Álex y que él se escucha cantar sin poder liberarse de lo que era su amada Fender Stratocaster.

Y ya sabe que ese agotamiento es más que cansancio.

¡Es el principio de ese destino del cual no volverá!

Sus ojos se van cerrando.

No puede evitar que sus párpados caigan hasta dejarlo fuera de este lado de la vida, dentro de oscuridad de un féretro, atrapado en una maldición que él mismo liberó.

...sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres sortoson ed sám onu sáres...

Escucha una vez más y de súbito el odioso sinfín se detiene.

Álex siente que quien le sujetaba la barbilla lo ha soltado, aunque le queda el dolor de la fuerza con que las macabras manos lo sujetaban.

El frío se ha esfumado.

De a poco, el chico siente algo de calor en su cuerpo y por instinto abre los ojos.

Su cuarto ha vuelto a ser el de siempre. Hay una ventana que, del otro lado, le muestra la postal barrial de siempre. La luz del sol borró la pantanosa penumbra. También, de nuevo hay una puerta.

Una puerta por donde seguro debió de haber entrado ella.

Mora.

Su hermana, quien levantó la púa del tocadiscos y con eso le dio a la canción un final, abrupto pero un final a tiempo.

—¿¡Qué estás haciendo, loco!?! —Lo mira con ojos burlones.

El chico sacude la cabeza tratando de acomodar las fichas del puzle en que se convirtieron sus

sesos, para liberarse los alacranes del terror y confirmar que sigue vivo.

—¿Y esto qué es...? —Mora estudia el tocadiscos como si se tratara de un objeto traído de un viaje a Marte.

Pretende sacar el disco que reposa sobre la bandeja detenida, pero con una potencia que quintuplica a la voz del siniestro cantante de Los juglares del inframundo, Álex grita:

—¡Cuidado!

—¿Cuidado con qué, loco?

No le responde.

Con un manotón saca el disco. Lo parte en dos, luego en cuatro contra su rodilla.

Levanta el aparato y lo desenchufa de un tirón. Descontrolado por la desesperación, con una fuerza sorprendente y el miedo todavía corriendo por sus venas, lo estampa en el piso. ¡Lo hace pedazos!

—Para tu cumple te voy a regalar una camisa de fuerza —le asegura Mora, sin saber si reírse o llamar a su mamá, preocupada por el inexplicable comportamiento de su hermano.

Álex introduce en el sobre los trozos a que ha reducido el disco y sale al patio seguido por su hermana menor. En la misma parrilla donde se hacen asados cada domingo, comienza a quemarlo.

Se queda inmóvil, los ojos magnetizados en las llamas. Quiere, debe confirmar que el fuego no dejará un minúsculo rastro del único disco de Los juglares del inframundo.

—¿Estás bien? —Mora lo saca de su quietud.

—Ahora sí —susurra el chico que se había animado a descubrir ese «algo» que la leyenda no detallaba. Ese chico que también conoció en persona a los miembros de esa enigmática banda. Cuatro seres siniestros que, por fortuna, ya no interpretan sus terribles temas en vivo. Tampoco tocan esa detestable canción final que, sin embargo, dejó atrapados a muchos entre sus perversas notas.

Está a salvo.

Igualmente no se siente aliviado...

Álex no puede hallar la tranquilidad, porque él lo sabe. Sabe que Los juglares del inframundo ya no tocan su música en vivo. Sabe que en muchísimas plataformas de venta de objetos de colección o en disquerías de segunda mano posiblemente todavía se ofertan las pocas copias del único disco del grupo.

Y seguro muchos las van a comprar avivados por la curiosidad. Y seguro, tarde o temprano, escucharán ese tema en reversa. Pero no es seguro que serán salvados a tiempo por una hermana metiche.

A propósito, yo tengo una copia.

Puedo vendértela a muy bajo precio y en cuotas.
¿Te animas a comprármela?

Yo ya escuché miles, miles de veces esa canción final.

A mí no me sucedió nada malo.



¿No te da curiosidad saber qué dice el estribillo de esa canción?

Una confesión: no necesitás escucharlo.

...sortoson ed sám onu sáres

sortoson ed sám onu sáres

sortoson ed sám onu sáres...

Con un poco de osadía, coraje, imaginación podrás descifrarlo; quizás si lo lees enfrentando esta página contra un espejo o, repito, si usás tu imaginación de atrás hacia adelante.

Yo lo hago siempre.

Leo esos versos.

Los repito.

Y tampoco me sucede nada extraño.

Ni me va a suceder.

Aunque yo en tu lugar no lo intentaría.

¿O sí...?

Ese estribillo es una advertencia.

Un aviso de «¡cuidado!» por mi parte.

De alguien que sabe, conoce, engaña.

Después de todo, soy uno de ellos.

Uno de los cuatro juglares del inframundo...